

actúa terapéuticamente sobre el hombre, ya que llena de sentido lo que de otro modo sería una mera facticidad. Una vez la existencia es don, su libre acogida por parte del hombre busca un por qué —un sentido— y lo encuentra en la dependencia con la que el hombre se «religa» a Dios, del que participa el ser. Intencionalidad y trascendentalidad se unen en quien es a la vez y en simplicidad Ser y Entender en acto infinito.

JUAN MARTÍNEZ PORCELL

Universidad Ramón Llull.

— * —

STANISLAUS LADUSANS S. J. (1912-1993)

A los ochenta años, sorpresivamente, falleció en Río de Janeiro el R. P. Dr. Stanislavs Ladusans S. J. Más de veinte años de amistad intelectual y personal, de colaboración extensa e intensa en multitud de empresas comunes, todas ellas signadas por el mismo propósito: la evangelización de la cultura. Guardaremos siempre en la memoria su imagen de niño grande, su tenacidad y constancia arrolladoras, para las que no existían obstáculos insuperables, su inteligencia certera y su limpieza interior. Pero, por sobre todas las cosas recordaremos siempre su absoluta vocación sacerdotal, su fidelidad a la Iglesia y al Papa y su total entrega a María Mediadora. Más allá de su bonomía, sus amigos advinábamos el sello de algún antiguo dolor escondido, purificado por el ascetismo y por la vida espiritual. Quizá era debido a su temprana separación de sus padres y de su patria. Los dejó para ingresar al noviciado de la Compañía de Jesús en Cracovia en 1933, cuando apenas tenía 21 años. Sólo regresaría a su Letonia natal pocos menos de sesenta años más tarde al caer el comunismo. A sus padres, que él consideraba mártires de la Iglesia, ya no los vería más en esta vida.

El P. Ladusans nació el 22 de agosto de 1912 en Rudzeisi, aldea cercana a Riga. En 1931 ingresó en el Seminario Mayor de la arquidiócesis de Riga y, como ya dije, ingresó a la Compañía en 1933. En 1936 pasó a la Universidad Gregoriana de Roma, donde terminó su licenciatura en filosofía dos años más tarde, y la licenciatura en teología en 1942. El 26 de julio de 1941 fue ordenado sacerdote. En 1946 defendió su tesis doctoral en la Gregoriana. Mientras tanto, Letonia había sido ocupada por la Unión Soviética. No pudo regresar a su patria y debió sufrir el lacerante dolor de saber que sus padres habían sido deportados a Siberia. Pronto falleció su padre, don Constantino Ladusans; en cambio su madre, Agata Massals-Ladusans, le sobrevivió largos años en el destierro. El P. Ladusans le hizo llegar clandestinamente un rosario bendecido por sus manos y por los mismos medios pudo saber que lo había recibido. Si mi recuerdo es fiel, en la década comprendida entre 1975 y 1985, un día el P. Stanislavs me contó que se había enterado que su mamá había dejado este valle de lágrimas. Después de su ordenación, el P. Ladusans pudo quedarse en Roma. No lo hizo. Prefirió trasladarse al Brasil, donde no sólo enseñó filosofía en la facultad jesuítica de Nova Friburgo, sino que adquirió la nacionalidad brasileña. Consideraba al Brasil su segunda patria. Entre 1947 y 1954 siguió enseñando filosofía en Nova Friburgo. Más tarde, entre 1975 y 1978, enseñó filosofía en los seminarios de investigación filosófica del Instituto Teológico Pío IX de San Pablo y en años posteriores prosiguió su intensa labor docente en la Universidad Federal de Santa María de Río Grande do Sul; también en el Seminario de Jundiáí en San Pablo y en sus últimos años en la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro.

La obra escrita del P. Ladusans —sin contar sus numerosos artículos en lengua letona

y en portugués— sigue el ritmo de su actividad docente. Podemos citar desde su tesis doctoral, *L'intelligibile nel sensibile secondo i primi scritti di Kant e nell'insegnamento dell'Aquinate* (1946), y su *Crítica do Conhecimento* (São Paulo, 1970), hasta *Gnosiologia pluridimensional* (Río de Janeiro, 1982). Era preciso y sistemático, tenaz y vigorosamente ortodoxo en la doctrina y un apóstol incansable de la filosofía cristiana.

Fue precisamente esta entrega animosa y total a la misión de evangelización de la cultura filosófica lo que nos puso en contacto forjando una amistad tan profunda y efectiva. En 1968 lanzó la idea de una sociedad Brasileña de Filósofos Católicos; en un simposio reunido en Campos de Jordao en 1970, quedó constituida desempeñándose como presidente hasta 1974. Mientras tanto, yo organizaba en Córdoba, por encargo de la Universidad, el II Congreso Nacional de Filosofía, que se llevó a cabo los días 6 al 13 de junio de 1971. Allí, en la ciudad de Alta Gracia, en el Sierras Hotel, nos conocimos personalmente, compartimos ideales y propósitos y nos hicimos amigos. Al año siguiente (sin considerar aquí nuestra abundantísima correspondencia, en la cual han quedado documentados nuestros desvelos y trabajos) nos volvimos a encontrar en Brasilia, últimos días de octubre y primeros de noviembre de 1972, con ocasión del VIIIº Congreso Interamericano de Filosofía. A instancias del Padre Ladusans, los católicos iberoamericanos celebramos una reunión especial el día 3 de noviembre y fundamos —con la Presidencia del Padre Ladusans— la Asociación Latinoamericana de Filósofos Católicos; poco más tarde se cambió este nombre rebautizándose la sociedad como Asociación Católica Interamericana de Filosofía (ACIF). En aquella reunión —de la cual participaron Mons. Octavio N. Derisi y el P. Ismael Quiles, entre otros— se acordó que en cada país de Hispanoamérica se fundarían sociedades católicas de filosofía de carácter nacional, unidas entre sí y a la ACIF por el propósito común. Ésa fue la causa de la fundación de la Sociedad Católica Argentina de Filosofía, constituida en Buenos Aires en abril de 1973. Más tarde, se fundaron en México, en Ecuador, en Perú y hace poco en Polonia. La idea y el impulso inicial partieron del Padre Ladusans y el objetivo esencial era y es la evangelización de la cultura y, de modo especial, de la filosofía.

Entre 1974 y 1983, durante el mes de julio de cada año, nos vimos en la sede de las Facultades de Filosofía y Teología Nossa Senhora Medianeira a 26 kilómetros de San Pablo. El P. Ladusans era allí el alma y el motor de aquellos memorables cursos que fueron tramutándose en congresos. No debo olvidar que entonces, al cumplir el Padre setenta años y cincuenta de vida religiosa, le rendimos un homenaje publicando en su honor el volumen VII de *Filosofar Cristiano*, titulado *Realismo pluridimensional* (1983). Esta tarea prosiguió en Río entre los años 1984 y 1991. Este año nos vimos por última vez en esta vida.

En una de aquellas intensas reuniones de San Pablo, el Padre me planteó la necesidad de realizar congresos internacionales de filosofía cristiana. En 1977 fundamos la revista *Filosofar Cristiano*, que si bien era el órgano de la ACIF, la llevaría adelante la Sociedad Católica Argentina de Filosofía, compartiendo la dirección con el propio P. Ladusans y el Dr. Agustín Basave Fernández del Valle, de Monterrey, México. La jefatura de redacción la asumía yo mismo en Córdoba, donde se editaría la revista. Ese mismo año, durante el curso que yo dictaba en San Pablo, el P. Ladusans (animado por la entusiasta acogida del Santo Padre Juan Pablo II respecto de su proyecto ante él expuesto en audiencia privada) dispuso que organizáramos el Primer Congreso Internacional de Filosofía Cristiana. Confieso que le propuse que tales congresos fueran mundiales. Aceptó encantado y lanzó la idea del Primer Congreso Mundial de Filosofía Cristiana proponiendo que fuera la Argentina el país organizador. Aquella noche no pude dormir. Así se lo manifesté el día siguiente durante el desayuno y él me contestó: «Ah, ¡muy bien! Ha sido el Espíritu Santo el que lo mantuvo despierto». Tal fue el origen del inolvidable Primer Congreso Mundial de Filosofía Cristiana, celebrado en Embalse (Córdoba) entre el 21 y 26 de octubre de 1979 y cuya presidencia

compartí con Mons. Octavio N. Derisi. Ha quedado el vivo testimonio del mismo en los cinco volúmenes de las *Actas*. El congreso fue convocado como conmemoración del centenario de la encíclica *Aeterni Patris* (1879) bajo el tema general —propuesto por el Padre Ladusans— de *La filosofía del cristiano, hoy*.

El Padre Ladusans era de veras incansable. Fundó el Conjunto de Pesquisa Filosófica (CONPEFIL) en la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro, donde tantas veces compartimos nuestros proyectos y preocupaciones. Se hizo amigo de mi familia, especialmente de mi mujer, a quien frecuentemente encomendó trabajos y traducciones. Era tan incontenible en su arrollador modo de trabajar que más de una vez, sus amigos hemos sonreído y llegado a las bromas, sobre todo cuando nos proponía un proyecto que, por supuesto, había que realizar de inmediato. Solía decirnos: «Le pido para el próximo año (esto me ocurrió de veras en Concepción, Chile, en 1972) un curso sobre el trabajo». Recuerdo que yo le interrumpía para decirle: «Padre, no dispongo de tiempo para esa fecha...». El seguía sin «oírme»: «De modo que para julio lo dictará usted...». Aquí un nuevo intento mío de interrupción...: «Padre, por favor, yo...». Y el Padre Ladusans concluía: «Espero para entonces su trabajo». Era inútil insistir. Había que realizar el trabajo. De lo contrario... había que realizarlo. Ya no se podía discutir. Era mejor ponerse a trabajar que intentar convencerlo. Y así realizó tantas cosas este niño grande con alma de santo.

La última vez que nos vimos, hace dos años en Río, no lo noté óptimo como siempre. Algo sutil había ocurrido con su salud, como si una levisima pátina hubiese apocado apenas su figura. Estaba por viajar a su lejana y amada Letonia, ahora libre del comunismo. Después de cincuenta y cinco años, volvió a su patria, donde fue acogido con honores por el arzobispo de Riga; allí enseñó dictando algunos cursos, y allí su corazón debe haberse henchido de amor por su gente, sus cosas y su historia. En su última carta, fechada el 21 de julio de 1993, exactamente cuatro días antes de su muerte, agregaba una postal de Riga donde me indicaba el centro mariano de Aqlynna, donde el Papa celebraría la Santa Misa el 9 de noviembre de 1993. Mi última carta del 12 de agosto no tuvo respuesta. El R. P. Jesús Hortal, superior de la residencia de los jesuitas en Río, en carta del 6 de setiembre me comunicó el fallecimiento del Padre: «Cuando, al final volvió de Letonia, dice el P. Hortal, parecía que se encontraba bien y con ánimos para continuar su trabajo. Estaba entusiasmado con la perspectiva del próximo Congreso Internacional de filósofos cristianos. Nada nos llevaba a creer que estuviese enfermo. El citado día 25 de julio, se levantó normalmente. Allá por la mitad de la mañana debe haberse sentido mal. Por eso, se acostó sobre la cama, quitándose sólo la chaqueta y los zapatos. A la hora de la comida no se presentó en nuestro rectorio. Inicialmente, a nadie le extrañó, pues por ser domingo podría estar celebrando en algún lugar. Pero como, después de acabar la comida, continuase sin aparecer, fuimos a su cuarto y lo encontramos ya claramente muerto. El diagnóstico fue de infarto fulminante». Agrega el P. Hortal: «Al día siguiente, en la misa de cuerpo presente, concelebraron dos obispos y trece sacerdotes».

Así se nos fue este sacerdote ejemplar, ortodoxo en la doctrina y tan virtuoso en la vida cotidiana. Tenía la santa pasión del misionero que él aplicaba a la cultura y a la sobrenatural urgencia de evangelizarlo todo, con un arrojo y una caritativa «intolerancia» acompañada de una ingenuidad de niño. Combatió el buen combate, terminó su carrera, conservó su fe. El 25 de julio acudió a los pies del justo Juez para recibir el premio. Que Dios lo tenga en su Reino.

ALBERTO CATURELLI